

LOS MILAGROS

EN GENERAL.

EL principal objeto de nuestras instrucciones será examinar los fundamentos de la revelacion que comprende la ley de Moises y la de Jesucristo, y vindicarla de los ataques de una incredulidad armada mas de una vez de odio y de calumnias, y siempre de preocupaciones y sofismas. Todos nosotros hemos nacido en el seno de la Iglesia cristiana, heredera de las promesas hechas á la Sinagoga; y todos hemos recibido el carácter de hijos suyos: ¿pero qué deberémos pensar de esta religion que vemos alternativamente reverenciada por unos, y blasfemada por otros? ¿Deberémos amarla como la prenda mas preciosa que hemos recibido de nuestros padres, mostrándonos celosos de transmitirla á nuestros descendientes, ó será preciso no mirarla mas que como una creencia añeja,

buena, cuando mas, para aquellos tiempos de nuestros sencillos antepasados? ¿Es por ventura demasiado ilustrado nuestro siglo para seguirla, ó son acaso las verdaderas luces el único origen de la incredulidad moderna? Esto es lo que vamos á examinar profundamente. No trato yo de hacer un problema de la religion, y colocarla entre las opiniones inciertas abandonadas á las vanas disputas de los hombres; pero en una época en que se han divulgado mil errores funestos acerca de su origen, de su historia y de su doctrina, importa mas que nunca darse cuenta á sí mismo de su creencia para reanimarla. El que no cree, necesita que le convengan; el que vacila, debe ser fortalecido; y el que cree, verá siempre con una dulce y secreta satisfaccion disiparse ante él todas las nubes en que el error procura envolver su creencia.

¿Pero en qué se apoya principalmente esta religion que tenemos la dicha de profesar? En un corto número de hechos maravillosos que salen de la regla comun de la naturaleza, y que ha obrado á su favor la mano omnipotente del Señor del universo; en una palabra, se apoya principalmente en los milagros. Yo bien sé, señores, que al nombre solo de milagro se rien de lástima nuestros presuntuosos incrédulos, y

se admiran de que en medio de una nacion tan ilustrada como la nuestra haya todavía hombres tan simples que piensen seriamente en milagros. No cesan de recordarnos que la ignorancia ha puesto muchas veces en la clase de prodigios sucesos puramente naturales; que hubo un tiempo de credulidad en que las arterias de unos y la sencillez de otros podian hacer pasar fácilmente por prodigioso lo que no lo era; que en todo tiempo han sabido hombres diestros aprovecharse del gusto de los pueblos por lo maravilloso; que Mahoma se jactaba de conversar con un ángel, Numa con la Ninfa Egeria, Sócrates de tener su demonio familiar; y que por esto el sabio para no ser juguete de la impostura, se cubre con el manto de su filosofia, deja los milagros al vulgo, y no cree mas maravillas que las de la naturaleza. Ya veis que no ocultamos los argumentos de la incredulidad; pero para resolverlos vamos á sentar las cuatro proposiciones siguientes: Primera, que los milagros son posibles: segunda, que se puede muy bien distinguir los milagros de los hechos naturales: tercera, que los milagros son un medio excelente para probar la verdad de una religion: cuarta, que los milagros que no hemos visto pueden justificarse por el testimonio lo

mismo que los hechos ordinarios. Tal es el objeto de esta Conferencia, y os ruego que nada decidais acerca del fondo de las doctrinas, sino despues de haberla oido enteramente, pues que solo á medida que váyamos adelantando en ella, vereis irse sucesivamente disipando las preocupaciones y las dificultades.

Llamo milagro un suceso contrario á las leyes constantes de la naturaleza. Así, que un muerto despues de cuatro dias y ya empezado á corromperse salga vivo de su sepulcro; que á la voz, al simple mandato de un hombre se sosiegue de repente una violenta tempestad, ó que un rio vuelva á su origen, son hechos que exigen una suspension evidente de las leyes universales y conocidas de este mundo fisico: son milagros. ¿Y habrá quien se atreva á decir que semejantes prodigios son imposibles á Dios, y que no puede hacerlos con su omnipotencia, ya por sí ó ya por medio de agentes en su nombre si lo tiene á bien? La luz natural nos dice á todos que Dios ha establecido libremente las leyes que gobiernan este mundo visible, y que son efecto de su voluntad todopoderosa. ¿Y cómo seria el supremo Señor de la naturaleza entera y su legislador independiente, si no pudiese modificar ó suspender sus leyes con arreglo á los

designios de su adorable sabiduría? Para dar mas claridad á estas ideas, elevémonos por un momento hasta las nociones primeras que tenemos de Dios, autor y conservador del universo; nociones sencillas y luminosas para todos aquellos cuyo entendimiento no esté oscurecido por las tinieblas del ateismo. La materia no encuentra en sí misma ni la razon de su existencia, ni la del modo maravilloso con que están ligadas y colocadas todas sus partes. El acaso es nada, y la necesidad es una palabra y no una causa. Dios es el que ha hecho las causas segundas, y les ha dado sus propiedades, su grado de fuerza y de actividad; éles quien ha arreglado la posicion y curso de los astros en los cielos, y determinado las diferentes especies de movimientos en la tierra, y el modo con que se comunican. La experiencia nos ha hecho percibir ciertas reglas constantes, por las que vemos conservarse y perpetuarse los seres, y guardar este universo un orden y una marcha uniforme: estas reglas pues son las que llamamos leyes de la naturaleza. Yo no ignoro que en el modo comun de hablar se designa á la naturaleza como la legisladora de todos los seres que componen este mundo; pero ó no nos entendemos, ó es preciso entender por natura-

leza, como dice Bossuet (1), „una profunda sabiduría que desenvuelve con orden y con sujecion á reglas exactas, todos los movimientos que vemos.” En efecto, todo el que no sea ateo suscribirá con gusto á la hermosa definicion que da Buffon de la naturaleza cuando la llama „el sistema de las leyes establecidas por el Criador para la conservacion y reproduccion de los seres.” Luego si estas leyes son la obra de Dios, ¿con qué razon disputarle el derecho y la facultad de suspenderlas? Haremos esto palpable con un ejemplo particular. Vemos constantemente que segun el curso ordinario de las cosas, de la semilla confiada á la tierra nace una planta, crece y se madura por medio de la accion lenta y sucesiva de ciertos agentes naturales, como la tierra, el agua y el fuego; y siendo Dios el que ha concedido á estos agentes naturales la fuerza de producir estos efectos en un cierto intervalo de tiempo, ¿no podrá producir por sí mismo en un instante, y sin la concurrencia de las causas naturales, lo mismo que produce por la accion lenta y sucesiva de estas? ¿Y no seria esto un verdadero milagro? ¿Se dirá que habiendo dado Dios este poder á

[1] *Connaissance de Dieu et de soi même*, c. IV.

sus criaturas se ha despojado de él á sí mismo, ó que se ha impuesto la ley inviolable de no producir nunca sin ellas los efectos que produce por ellas? Todo esto es un absurdo, porque es claro que quien ha sido bastante poderoso para criar los agentes, lo será tambien con mayor razon para no necesitar de ellos cuando le agrade.

Las leyes de la naturaleza son sin duda sabias, porque son obra de la sabiduría misma, y por lo tanto están perfectamente adaptadas á los fines que Dios se ha propuesto; ¿pero no puede Dios tener razones de la mas profunda sabiduría para derogarlas alguna vez, y manifestar de este modo su voluntad suprema? No existiendo la naturaleza material sino para la naturaleza inteligente, y siendo las criaturas racionales el objeto principal de los cuidados y pensamientos de la providencia, como parte la mas noble y esencial del universo, y las únicas capaces de conocerla y adorarla, ¿por qué no ha de poder Dios, ya sea para instruir las cuando se extravian, ya para recompensarlas cuando son fieles, ó para castigarlas cuando son rebeldes, suspender algunas veces el orden regular de las cosas físicas? Las maravillas de la naturaleza no hacen por desgracia en nosotros

mas que una impresion pasagera por la costumbre misma que tenemos de verlas, y familiarizados con ellas las miramos con indiferencia, de modo que han caido en una especie de envilecimiento. En vano ostenta el universo á nuestra vista sus encantadoras bellezas; en vano nos convidan de concierto todas las criaturas á glorificar á su autor; encallecido nuestro corazon, apenas es sensible á este espectáculo, por lo que era digno de la sabiduría y de la bondad de Dios hacer brillar de tiempo en tiempo su presencia por medio de rasgos capaces de sacar al hombre de su indiferencia y de su letargo. Es sin duda alguna una maravilla asombrosa de su bondad soberana, atenta á nuestras necesidades, que algunos granos de trigo sembrados en la tierra se conviertan en abundantes mieses que alimenten á pueblos enteros, pero como esto es una cosa ordinaria, apenas nos mueve á volver nuestras miradas hácia el Padre celestial, y darle gracias por un don tan grande; mas si en época en que una hambre cruel desolase una gran ciudad, se multiplicase un puñado de trigo repentinamente y con tal abundancia que saciase la hambre de todo el pueblo, ¿de qué sentimientos de adoracion, de admiracion y reconocimiento se penetrarian entónces todos los

corazones! Los milagros son como unos rasgos de autoridad divina que descubren de un modo mas sensible la mano poderosa y el supremo gobierno del Señor de los hombres y de la naturaleza.

Las leyes de la naturaleza deben indudablemente tener un carácter de estabilidad, porque en Dios no cabe ni capricho ni imprevision, y nada nos da una idea mas alta de su poder y de su sabiduría, que esta perpetuidad de leyes siempre unas mismas y siempre admirables en sus efectos: las leyes físicas dejarían de ser tales si fuesen violadas continua y universalmente, y esto produciría además el trastorno del orden y de la armonía del mundo; pero unas suspensiones pasajeras y raras de las leyes ordinarias están muy lejos de tener estos inconvenientes, y sirven al contrario para hacer resaltar más y más la independencia del Criador, y para mostrar más visiblemente el imperio que conserva sobre su obra. Porque de tiempo en tiempo resucite un muerto, no dejará el mundo de seguir su marcha acostumbrada; el sol no dejará de alumbrar el universo, la tierra de cubrirse de frutos y de mieses, ni el resto del género humano de nacer, vivir y morir según las leyes ordinarias.

Es cierto que Dios es inmutable, que no varía, y que sus pensamientos son eternos; ¿pero por qué se ha de ver en los milagros cosa alguna contraria á la inmutabilidad de Dios? Solo Dios existía con anterioridad á todos los tiempos, trazaba en su sabiduría el plan de este universo y preparaba en ella las leyes que debía darle; con su ciencia infinita abrazaba en un solo pensamiento todos los sucesos que obraría en el discurso de los tiempos; y cuando arreglaba las leyes de la naturaleza, ordenaba también las excepciones que quería hacer de ellas: la suspension de la ley como la ley misma entraba en sus designios eternos, y una y otra se decretaron al mismo tiempo. Cuando Dios condenaba á morir al hombre culpable para no revivir, entónces decretaba que Lázaro sería exceptuado, y que saldría vivo de su sepulcro. Porque al dictar un Príncipe una ley á sus súbditos prevea un caso particular en el que declarar que aquella no tenga fuerza, ¿se dirá en llegando este caso que el Príncipe es inconstante en sus designios? Ciertamente que no. La aplicación es clara. El mismo Dios que ha arreglado el curso de la naturaleza, ha ordenado su suspension en circunstancias que ha previsto y determinado, y el milagro no es otra cosa que la

ejecucion de sus decretos; de modo que si no se verificase despues de haber sido decretado, entónces precisamente dejaria Dios de ser inmutable. Así pues mírese el milagro bajo del punto de vista que se quiera, nada presenta que no sea perfectamente conforme con los atributos de la Divinidad, con su poder, con su sabiduría é inmutabilidad. Solo los ateos podrán pensar en contradecir su posibilidad; pero los ateos no son en esta materia personas de cuya autoridad podamos prevalernos. ¿Sabeis lo que á este intento ha dicho un escritor que no debe parecer sospechoso, J. S. Rousseau? Copiaré exactamente sus palabras. „¿Puede Dios hacer milagros? Es decir: ¿Puede Dios derogar las leyes que ha establecido? Esta cuestion trata seriamente seria impía, si no fuese absurda, y era necesario encerrar al que la resolviese negativamente, porque el castigarle seria hacerle demasiado honor (1).” Este lenguaje no es como veis el de un escrito muy tolerante. Si un teólogo hubiese dicho estas palabras, se hubiera gritado, fanatismo, fanatismo; pero por fortuna las dijo el *ciudadano de Ginebra*.

Establecida ya la posibilidad de los milagros,

(1) Troisième lettre de la Montagne.

yo añadido que es muy fácil distinguirlos de los hechos naturales. Cuando se trata de milagros es preciso evitar igualmente dos extremos opuestos, á saber, una credulidad que todo lo adopta sin exámen, y que nos conduce á juicios temerarios siempre, aunque fuesen verdaderos; y una incredulidad que todo lo desecha sin reflexion, que resiste hasta lo evidente, y que léjos de ser valentía de ánimo, no es mas que una obstinacion pueril y llena de debilidad: evitemos pues ambos excesos.

Primeramente hay que observar que no todo lo que es extraordinario es por lo mismo milagroso. Atraer los rayos desde las nubes y separarlos al mismo tiempo de nuestros edificios: elevarse los hombres á las regiones del aire, y navegar en una especie de barquilla por este nuevo océano, son cosas muy extraordinarias, pero no son milagros.

Hay que observar tambien que no es milagroso un hecho porque sea desconocida su causa, no; no basta ser testigo de un suceso cuya causa se nos oculte para proclamar un milagro; es preciso para esto ver una manifiesta violacion de las leyes conocidas. En el momento que percibimos un aparato de instrumentos, y podemos sospechar que obran los resortes secre-

tos de la industria humana, el juego de una mano diestra ó la accion de cualquier fluido real, aunque invisible, ya no vemos milagro; y por esto nada tienen de milagroso todas esas habilidades á veces muy singulares con que se divierte al pueblo, y aun á los hombres instruidos: ni todos esos efectos admirables producidos por medio de la maquinaria, del iman, del fluido eléctrico, de la luz y de las combinaciones químicas. Yo bien podré ignorar la conexion de lo que veo con la causa que lo produce; pero cuando sé que hay una mano oculta que dirige todo el espectáculo, me contento con admirar los efectos del arte de los hombres y sus sutiles invenciones.

Ultimamente hay que convenir, señores, en que muchas veces es muy difícil distinguir lo milagroso de lo natural; pero en este caso ¿qué deberémos hacer? Lo que en todo lo incierto: suspender el juicio, no decidir y aguardar nuevas luces; pues más de una vez se han padecido engaños por haber juzgado con demasiada precipitacion. La ignorancia y la sencillez pueden en esta materia ser un manantial de ilusiones; pues nada es más posible que dejarse engañar un hombre ignorante y limitado por un impostor; y sentirse incitado por la fe de un su-

puesto milagro á entregarse á prácticas supersticiosas: tan fácil es en efecto ser el juguete de un falso taumaturgo como de un sofista, y ser fascinado por la falsa apariencia de un prodigio como por el vislumbre de un sofisma. El hombre puede engañarse en la discusion de los milagros como en cualquiera otra cosa porque es hombre; pero en ella mas que en otra alguna debemos recordar la advertencia de los libros santos: *No querais prestar fe á todo espíritu: examinad, sí, todas las cosas, y atencos á lo bueno* (1).

¿Pero se pretenderá por eso que yo me glorie de hacer resistencia á la verdad? Si yo viese interrumpido manifestamente el curso de la naturaleza, ó fuese testigo de un suceso que derogase de un modo evidente una ley constante del mundo físico, me seria imposible no ver en esto un suceso milagroso. Así, cuando un muerto que con nuestros mismos ojos vemos hecho cadáver y empezado ya á podrirse en su sepulcro se reanimase y apareciese de repente lleno de vida y de salud; cuando un hombre rodeado de una inmensa muchedumbre en una espaciosa llanura se dijese el enviado de Dios, y para

(1) I. Joan IV. 1.; I. Thess. V. 21.

probarlo toinase unos cuantos panes y los multiplicase entre sus manos, de manera que con ellos alimentase ocho mil personas; cuando yo fuera, por ejemplo, ciego de nacimiento, y que repentinamente sin remedio alguno ni ningun agente natural y á la sola palabra de un hombre se abrieran mis ojos á la claridad del sol, y mi vista se hallara tan limpia y clara como si hubiera tenido el libre uso de ella toda mi vida; confieso, señores, sin rubor y sin miedo de pasar por crédulo, que si estos hechos sucediesen, los creeria milagros: en vano aparentaria lo contrario, mentiria á mi conciencia, y mi corazon reclamaria contra mis palabras. Yo supongo aun que tocado por una simple vara el rio que baña esta capital abriese su seno, y se elevase por ambas orillas formando dos murallas de agua para dejar libre el paso á un ejército de cien mil hombres, ¿quién de nosotros seria tan estúpido ó insensato que solo viese en esto un suceso natural? Yo desearia saber si reunidos todos los jugadores de manos, mágicos, alquimistas, físicos y químicos con todo su aparato de espejos, de conductores eléctricos y pilas galvánicas, podrian empleando todos sus esfuerzos suspender y dividir las aguas del Sena. Es cierto que yo no conozco todas las leyes de la

naturaleza; pero conozco muchas de un modo cierto, y cuando las veo evidentemente suspendidas, entónces veo un milagro. Es una ley bien cierta que un cadáver no resucitará por las fuerzas de la naturaleza; y sin embargo, si este suceso se verificase á mi vista, no tendria necesidad para llamarle milagro de saber de antemano qué leyes rigen el curso del sol y de los astros. ¿No podré tener la seguridad de que ha sido violada una ley civil bien conocida, aunque no sepa todas las que contiene el código? ¿Tiene necesidad un hijo de saber todas las leyes morales que rigen á la especie humana para estar seguro de que debe honrar á sus padres? Es muy cierto que yo no conozco siempre hasta donde se puede extender la actividad de la naturaleza; pero tampoco puedo calcular hasta donde alcanzan las fuerzas del hombre; y sin embargo, puedo afirmar que un hombre no sostendrá una montaña en sus hombros. Digamos, señores, para no salir de los justos límites y no caer en ridiculez, que debemos precavernos de toda sorpresa, que no se debe creer con facilidad en milagros; pero que así como podemos asegurarnos de la solidez de un raciocinio, podemos tambien asegurarnos de la realidad de un milagro, y discernirle de lo que solo tiene las apariencias

de tal, para lo cual no necesitamos muchas veces mas que de los ojos y de la luz de la razon natural.

Digo en tercer lugar que los milagros son un medio excelente para probar la verdad de una religion. La luz natural nos dicta que Dios puede hablar al hombre por medio de la revelacion, como le habla por medio de la razon y de la conciencia, descubrirle por una luz superior verdades que no hubiera podido conocer por sus luces naturales, ó bien desenvolver á su vista con claridad y extension verdades ya conocidas, prescribirle reglas de conducta mas perfectas y mas puras, un culto mas santo y mas digno de la Magestad infinita, y por este medio dar á su criatura una religion positiva; ¡y quiénes somos nosotros para pretender poner límites á la omnipotencia y á la sabiduria divina? Pero si se dignase hablar al hombre por el ministerio de los hombres, ¡qué caracteres nos harian reconocer á sus enviados, y distinguirlos de los impostores que usurpan el título de aquellos? ¡Cuál seria el sello divino de su mision? Señores, no nos toca á nosotros trazar á la Providencia las sendas que debe seguir; pero si se dignase comunicar á sus enviados el don de los milagros, la razon me dicta que este seria un

excelente medio para acreditarlos ante los pueblos. Advierto en efecto que este medio es dignísimo de la Magestad suprema, y al mismo tiempo muy pronto y compendioso para probar una doctrina, un medio muy popular, y muy eficaz para el entendimiento humano.

Medio digno de Dios. No teniendo el hombre el derecho de mandar el entendimiento de otro, debe por lo mismo discutir para apoyar sus opiniones, y establecer sus asertos y sus sistemas por una ilacion de razonamientos, de principios y de consecuencias: por mas ilustrado en efecto que se suponga á un filósofo, no tiene el don de infalibilidad; no son sus luces la demostracion de su doctrina, y pueden ser preocupaciones á favor de ella; y así, por mas reputacion que tenga de ciencia y de talento, se ve precisado á racionar con sus semejantes si quiere convencerlos; pero como observa muy bien un antiguo apologista, Lactancio (1), no seria conveniente que Dios hablase á los hombres como un filósofo que raciona; debe mas bien hablarles como señor que decide, y apoyar su religion, no en argumentos, sino en obras de su omnipotencia: su palabra es la verdad, y

(1) Divin. Instit. lib. III. cap. I.

el destino del hombre es obedecerla: ¿y hay una cosa mas digna de Dios que prescribir al hombre la obediencia por actos visibles que atestigüen la que le presta toda la naturaleza?

Medio muy pronto y compendioso, porque no consiste en largos raciocinios ni en discusiones sabias y penosas: solo se necesita tener ojos y sentido comun, pues para persuadir una doctrina adelantaria mucho mas un taumaturgo con la resurreccion patente de un muerto, que un predicador con sus discursos, ó un sabio con sus libros.

Medio muy popular. La multitud no frecuenta las escuelas de los filósofos: ignorante y grosera es incapaz de sabias investigaciones; y distraida por los trabajos corporales y por las necesidades de la vida, no tiene tiempo para entregarse á estudios profundos, por lo cual debe ser conducida mas bien por la autoridad que por el raciocinio; pero todos los hombres estan habituados á ver los hechos, á aprenderlos y á referirlos; y un milagro es un suceso, un hecho sensible que puede verse ó saberse de los que le han visto; lo cual hacia decir á Orígenes hablando de Jesucristo (1): „Yo conven-

(1) Contr. Cels. lib. I.

„go en que si la multitud fuese capaz de estudio, podria el raciocinio ser el camino de la „verdad; pero haciendo impracticable este medio las necesidades de la vida y la debilidad „humana, ¿se podria haber buscado otro mas „seguro que el que escogió Jesucristo?”

Medio en fin muy eficaz y muy poderoso sobre el espíritu de los pueblos. ¿Quién podrá en efecto libertarse de la impresion de los milagros, y de su imperio sobre el entendimiento? Se dice que á todos los hombres gusta lo maravilloso, y que los pueblos se han dejado engañar demasiadas veces por autores de prodigios; pero si esto nos debe hacer cautos y severos, su mismo exámen prueba tambien la inclinacion de nuestra naturaleza á creer á los que obran milagros. Nosotros reconoceríamos como verdadero enviado de Dios al que anunciándose como tal y hablando en su nombre, lo probase mandando á la naturaleza. Los principios que nos dirigen en esto, nacen de las ideas mas puras que nos da nuestra razon acerca de la Divinidad. Ella nos dice que Dios es la bondad, la verdad, la santidad y la sabiduría misma: ¿pero seria el Dios bueno si hiciese servir su poder para precipitar en el error á la criatura á quien ama? ¿Seria santo y veraz si hiciese con-

currir su poder para autorizar la mentira ó el vicio? ¿Seria el Dios sabio si hiciese servir su omnipotencia para desmentir sus demas perfecciones, su veracidad y su santidad? Existan enhorabuena, espíritus malignos superiores al hombre, enemigos de su felicidad, y ocupados en engañarle y seducirle; nunca seran estas que unas criaturas subordinadas al Criador que sabe sujetar ó limitar su malignidad segun le place, que nunca permitira que fuésemos tentados mas allá de nuestras fuerzas, y que nos daria los medios de reconocer y de evitar sus lazos.

Yo supongo que se levanta de entre nosotros un hombre, y que se dice enviado de Dios para darnos en su nombre un precepto: supongámonos aun embelesados de la sabiduría de sus discursos, de la hermosura de su doctrina, y de la pureza de su conducta; pero con todo, como es posible que no sea mas que un hábil entusiasta, ó un hombre engañado por sus propias ideas, rehusamos darle crédito. ¿Qué hace en este caso para vencer nuestra repugnancia? Invoca al mismo Dios en testimonio de su mision, y en su nombre resucita un muerto: ¿podriamos entonces dejar de ver en este milagro la prueba evidente de la misia del que le hubiera ejecu-

tado, sus credenciales auténticas para con los pueblos, y dejar de reverenciar en él al enviado del Altísimo? Pero si nosotros no hemos sido testigos de los milagros, ¿cómo podrémos cerciorarnos de ellos? Por los mismos medios que nos justifican los hechos naturales, á saber: por el testimonio: y estamos en la cuarta y última proposicion.

¿Que pueden respondernos los enemigos de la revelacion cuando les exponemos los sucesos milagrosos consignados en nuestros libros santos? Ya dejamos probado que disputar su posibilidad, es no reconocer á Dios como autor y conservador de la naturaleza, y precipitarse en el ateismo; no queda por consiguiente á los deistas mas recurso que poner en duda la realidad de los prodigios que les presentamos como el título mas brillante de la mision divina de Moises y de Jesucristo. Divididos los deistas en opiniones, han sostenido unos que nunca se puede tener una plena certidumbre de los hechos que no hemos visto por nosotros mismos; y otros, que si puede el testimonio darnos una plena certidumbre de los hechos naturales, no puede dárnosla de los sobrenaturales, de los milagros. Ambas aserciones son igualmente falsas;

ya sabemos lo que debemos pensar de la primera; examinemos la segunda.

Os ruego, señores, observeis bien que no se trata de considerar el milagro en la causa que le produce, sino en su existencia misma; y que el testimonio no recae sobre el modo invisible y sobrenatural con que el prodigio se ha obrado, sino sobre su resultado existente y visible. La acción secreta del Todo-poderoso se escaparía ciertamente á mi vista al resucitar un muerto; pero el muerto que está en la tumba, ó que á mi vista vuelve de nuevo á la vida es siempre para mí un objeto sensible que puedo ver y tocar. En esto como en todas las cosas puede haber impostura, pero no todo lo es; y hay muertos que lo están realmente. ¿Y quién de nosotros no lo habrá experimentado muchas veces con dolor? Si la resurrección es posible, lo es á la divina omnipotencia: si puede verificarse, puede tener testigos; estos testigos pueden referirla; y en este como en todos los demás hechos, todo se reduce á saber si el testimonio de aquellos es irrecusable, y si está revestido de todos los caracteres que afianzan su fidelidad. En vano será decir que es contrario á la experiencia que un muerto resucite; y que es físicamente cierto que no ha resucitado: ¿qué significa este len-

guage? No se dice que esta resurrección sea efecto de las leyes de la naturaleza, sino una derogación de ellas ejecutada por su mismo autor. Es físicamente cierto que no ha sucedido mientras que Dios no ha querido invertir el orden regular de la naturaleza; pero lo que es imposible á las fuerzas de la naturaleza es fácil á Dios: el que ha dado la primera vida puede dar la segunda; y, vuelvo á decirlo, todo se reduce á saber si el hecho ha sucedido.

¿Qué ha intentado pues el autor de los *pensamientos filosóficos* cuando ha dicho: „Aunque „todo París viniera á decirme que un muerto ha „resucitado en Passy, yo no lo creería, porque „es mas posible que todo París se equivoque „que el que un muerto resucite.” Esto no es mas que un sofisma; un lenguaje equívoco. Es cierto que no es posible que un muerto recobre la vida por solas las fuerzas de la naturaleza, y que si lo es que todo París adopte rumores vagos y confusos, que se esparza en él una noticia falsa, que esta se crea generalmente, y que todo París se engañe; pero en el caso presente se trata de testigos de quienes despues del mas detenido exámen no podamos sospechar, y de los cuales sea evidente que no han sido engañados ni nos engañan. Yo supongo, por ejemplo

que trescientas personas de esta capital van á una aldea vecina, y que las conducen á las orillas de un sepulcro donde yace un cadáver que principia ya á podrirse; es constante que hay allí un verdadero muerto; pero supongo que sale de su tumba á la voz de un hombre que se dice enviado de Dios; que este nuevo Lázaro es restituido á su familia; que los trescientos testigos le pueden ver y palpar; que persevera en este estado de hombre viviente, ejerciendo todas sus funciones ordinarias, y supongo que en seguida todos estos testigos de diferente edad, intereses, pasiones, educacion y nacimiento atestiguan constante y uniformemente la realidad del prodigio; en este caso seria una locura no creerle; y si me dijérais que todos se engañaban, seria entónces necesario decir que todos eran maniáticos, que estaban atacados al mismo tiempo de un mismo delirio, y que todos por una misma ilusion habian creido ver lo que no veian y tocar lo que no tocaban; para esto deberian trastornarse todas las leyes de la naturaleza, y habria tantos milagros como individuos; y hé aquí que por querer negar el milagro único de la resurreccion, nos veríamos obligados á admitir trescientos milagros que era el número de los testigos, es decir, que por no creer se caería

en el último extremo de credulidad. Nada importa tampoco en la cuestion presente que el milagro sea reciente ó antiguo; lo que es necesario saber es si el testimonio en que esté apoyado tiene todos los requisitos necesarios para no dejar ninguna sospecha juiciosa de ilusion ó de impostura.

Se reconoce la autoridad del testimonio acerca de un hecho natural; pero tampoco es mas que un hecho natural lo que todo Paris quiere que creamos: á saber, que este hombre está lleno de vida. Es tambien cierto, que asegurados una vez de su muerte, su vida actual supone una resurreccion; y si no se puede dudar de la vida de este hombre por el testimonio de todo Paris, pues que recae sobre un hecho natural, tambien debe ser indudable su resurreccion, porque lo uno está ligado necesariamente con lo otro. El milagro se halla de este modo encerrado entre dos hechos naturales, entre la muerte de este hombre y su vida presente; y no estando los testigos seguros del milagro de la resurreccion sino porque lo estan del hecho natural, yo puedo decir que el milagro no es mas que la consecuencia de dos hechos naturales. Pudiendo pues estar seguro de los hechos naturales, como confiesa el escéptico, y siendo el milagro la sim-

ple consecuencia de dos hechos positivos, el milagro negado por el escéptico se halla, por decirlo así, compuesto de tres cosas que concede: á saber, la certidumbre de dos hechos naturales, la muerte de este hombre y su vida presente, y de una conclusion metafísica que el escéptico no niega, y que consiste en decir: este hombre que vive ahora estaba muerto hace tres días: luego ha sido vuelto de la muerte á la vida.

Basta ya, señores, sobre la posibilidad, la naturaleza y la autoridad de los milagros, y sobre los medios de asegurarnos de su existencia. No se trata ya de desechar con un soberbio desden los milagros que nos refieren los libros del antiguo y del nuevo Testamento, ni de abandonarlos al pueblo ignorante: queda establecida su posibilidad, y cuando mas adelante hagamos ver que estan apoyados en testimonios irrecusables, y que estan tan bien probados como cualquiera de los hechos antiguos de que nadie duda, la razon mandará entónces imperiosamente reconocer su verdad. En vano será oponer que las historias de todos los pueblos abundan en prodigios: los falsos no destruyen los verdaderos, y es como si se dijese que no hay ninguna historia fiel, porque las hay fabulosas, y que no hay moneda buena, porque tambien

circula falsa. Mucho mas filosófico seria observar con Pascal que la mentira viene en pos de la verdad, que la impostura es una falsa imitacion de lo que ha sucedido, y que si nunca hubiese obrado milagros el Todo-poderoso, nunca hubieran concebido los hombres la idea de imitarlos. Yo bien sé quanto en nuestros dias re trae un falso rubor, y que se mira al parecer como vergonzoso confesar que se cree en los milagros evangélicos, cuando, por un contraste raro y harto denigrativo á la razon, no se tiene por tal creer los absurdos del materialismo: se teme pensar en esta materia como el pueblo. ¡Pero qué! ¿Porque el pueblo crea en Dios, será necesario que el sabio sea ateista? Por no adoptar ciertas preocupaciones de su ignorancia, ¿será preciso que la sutileza de una falsa ciencia nos conduzca á errores no ménos ridiculos y mas funestos aún? No consiste la fortaleza de alma en afectar irreligion en un siglo irreligioso, sino mas bien en luchar contra el torrente de las malas doctrinas. El crimen de muchos escritores del último siglo fué haber buscado la fama mas que la verdad. ¡Infeliz de mí si enervado por la relajacion de las opiniones actuales tuviese yo mismo con ellas culpables condescendencias! Escrito está, *que en los labios del sa-*

cerdote ha de estar el depósito de la ciencia (1). ¡Y quién, si él permaneciese mudo en medio de los gritos de la impiedad, atraeria á la juventud de su extravío á las sanas doctrinas? No, no estan aun todos los corazones cerrados á la verdad en estos aciagos dias, y todavia penetra en ellos para despertar sentimientos adormecidos, mas bien que apagados. ¡Ojalá pueda por nuestro conducto ser escuchada por ellos, conmoverlos, convencerlos y volverlos á esta religion santa, tan tierna en sus llamamientos, tan indulgente con el arrepentido, tan magnífica en sus promesas, y que no aspira á triunfar en el tiempo sino para coronar en la eternidad!

(1) Malach. II. 7.

MOISES

CONSIDERADO

COMO AUTOR DEL PENTATEUCO.



ENTE todos los nombres célebres que se han conservado en la memoria de los hombres, y que han llegado á ser como populares en todas las naciones, no hay uno mas universalmente conocido que el de Moises. Subid hasta la mas remota antigüedad: allí hallareis á una nacion entera que le reverencia como á su legislador, que le da á conocer no solo á los pueblos vecinos, sino tambien á aquellos entre quienes estuvo mas de una vez cautiva y dispersada; y despues que la última catástrofe consumó la ruina y desolacion de los judíos, vedlos todavia llevar consigo á todas partes el nombre de Moises, su antiguo fundador. Despues de estos vinieron los cristianos que le han reconocido como un escritor inspirado, como un enviado de Dios y autor de una ley figura-